

# **Una apología cínica de la revolución neoliberal: sobre *La última lección de Michel Foucault***

**José Luis Villacañas Berlanga**

Universidad Complutense de Madrid, España

La casa argentina del Fondo de Cultura Económica nos ofrece la edición en español de este último libro de Geoffroy de Lagasnerie, filósofo y sociólogo que profesa en la École Nationale Supérieure d'Arts de Paris-Cergy. Como tal, el libro es convergente con la literatura de Holleweg. Su mayor virtud es la provocación intelectual. Sin embargo, en tiempos tan críticos como los nuestros, quizá la provocación no es la mejor función de la inteligencia. Lo ambivalente de la novela *Sumisión* reside en que es fácil que, al fingir un futuro islamista, la novela promueva una percepción islamofóbica. Lo mismo sucede con el libro de Lagasnerie. Trazar una apología del neoliberalismo en estos tiempos induce a forjar una mirada benévola sobre este complejo fenómeno. Nada que objetar a estos experimentos de “pensamiento riesgo”, sobre todo si son evaluados por pautas mínimas de racionalidad.

Eso pretendemos hacer aquí. Partamos de la pregunta: ¿Cómo escribir aquí y ahora una apología del neoliberalismo? Esta operación intelectual no puede hacerse mediante comentarios directos de las obras filosóficas y económicas de los clásicos neoliberales, desde Friedrich Hayek a Gary Becker. La revolución neoliberal, como nueva visión del mundo, va más allá de estas obras de especialistas. Si quiere gozar de prestigio intelectual, debe usar otro argumento. La operación de Lagasnerie consiste en usar el prestigio de Foucault para expandir el prestigio del neoliberalismo. El medio más básico de esta operación reside en vincular los postulados del neoliberalismo a los fines internos de la obra de Foucault. Si podemos caracterizar la obra de Foucault como un dispositivo crítico, cuya finalidad última es atacar la sociedad disciplinaria, destruir la sujeción o

subjetivación que promueve el psicoanálisis, erosionar el poder concentrado en la función de soberanía estatal, promover el cuidado de sí, y alterar las luchas del poder mediante prácticas de resistencia, entonces lo que nos propone el libro de Lagasnerie es que todos estos fines encuentran una opción y un camino mediante la revolución neoliberal. El libro sería mucho más convincente, por eso, si mostrara una sola lucha de esas singulares que promueve el neoliberalismo [80]. Ciertamente, nuestro autor no quiere hacer de Foucault un autor neoliberal. Quiere explicar que el interés de Foucault por el neoliberalismo, que desplegó en el curso *El nacimiento de la biopolítica*, se basaba en el hecho de que veía en él una construcción intelectual que, como hipótesis, test o instrumento, era convergente con sus propios fines. Foucault habría usado los postulados del neoliberalismo como una hipótesis para cuestionar la imagen de la realidad “naturalizada” propia de las sociedades ancladas en los registros, más bien esclerotizados, del Estado de bienestar. El neoliberalismo movía otro aire, una alteridad, un dispositivo coherente de imaginación teórica, y Foucault pensaba que se podía poner encima de la mesa como una táctica teórica [112-113]. El *homo economicus* era una ficción teórica, claro, fruto de un constructivismo intelectual. Pero mostraba que el *homo politicus*, el *homo moralis*, el *homo freudianus*, también lo eran.

Pero el libro de Lagasnerie no desea profundizar en algo parecido a una ilustración social, que promueve la reflexión sobre la provisionalidad de las categorías con las que se comprenden los humanos en cada presente. Por eso no lleva a sus últimas consecuencias la propuesta de ese pluralismo intelectual mediante la sugerencia de que puede haber diversas formas de comprender esa realidad indeterminada que es el humano. Su aspiración no es defender la pluralidad de las formas de los *homines*. Es más bien atacar estos diversos constructos desde el único punto de vista del neoliberalismo. Esta es la clave de su libro. Afirma estar a favor del pluralismo y la diferencia y defiende de hecho que *sólo el neoliberalismo* la promueve. De este modo, se defiende la pluralidad a través del monopolio del esquema intelectual neoliberal. Es verdad que Lagasnerie no dice que el neoliberalismo sea exclusivo en la defensa de la pluralidad. Dice que “el neoliberalismo es una de las encarnaciones contemporáneas de la tradición crítica” [82]. Pero en realidad, Lagasnerie no señala cuáles son las otras. No enfrentar este problema es letal y la prueba de que concierne al fondo mismo del libro es el hecho de que no se explicita. Para no encarar el asunto, Lagasnerie organiza un sistema de camuflaje intelectual que en muchas ocasiones roza la falta de honestidad intelectual.

La primera tienda de camuflaje consiste en separar a Foucault del proyecto ilustrado. Foucault formaría parte del proyecto crítico, pero no del proyecto ilustrado. Pero eso es indefendible. Foucault abordó el problema de la crítica alrededor de la figura de Kant y de la definición de la *Aufklärung*. Lagasnerie por el contrario ve a la Ilustración como la matriz misma del pensamiento totalitario: promueve la soberanía del Estado mediante la voluntad general, el universalismo

como forma de normalización, el intelectualismo y el narcisismo intelectual, como aspiración a la omnipotencia de la razón que lleva al totalitarismo, a una visión totalizadora. “El racionalismo de la Ilustración se negaría a reconocer los límites de la razón” [77]. Lo que Lagasnerie quiere denunciar sobre todo en la ilustración es la politización que, asociada a ese racionalismo, llevó a la Revolución francesa. Frente a esta orientación, el neoliberalismo anclaría en una “humildad intelectual”. Sus raíces se hunden en “una filosofía del conocimiento cuyo punto de partida es la aceptación de los límites del pensamiento” [78]. Pero cualquier escolar sabe dos cosas: primera, que la Ilustración kantiana se propuso “reconocer los límites de la razón” y que lo hizo mediante “la aceptación de los límites del pensamiento”; segundo, que a Kant invocó Foucault para definir la Ilustración porque le parecía contraria al “determinismo sociológico” que Lagasnerie atribuye en exclusiva al neoliberalismo [93]. Es importante así concluir que la Ilustración no ese movimiento integral y monolítico hacia el totalitarismo que Lagasnerie desea mostrar. Pero expandir tesis que cualquier escolar sabe que son falsas suele ser un síntoma de falta de honestidad intelectual.

Al rechazar la visión total, al mostrar los límites del pensamiento, la Ilustración kantiana esgrimió herramientas teóricas que puso al servicio de la crítica. Pero no por eso se enroló en las premisas que asume el neoliberalismo. Pero si asumimos que Foucault estaba intentando definir la función de la crítica en esta línea, justo en el tiempo posterior a sus lecciones sobre neoliberalismo, tenemos que preguntarnos por qué para esta tarea invocó la *Aufklärung*, y no exactamente al neoliberalismo. Esta pregunta expresa mis resistencias a vincular el programa de Foucault con el de Hayek. No podemos proyectar el prestigio intelectual de uno para garantizar el del otro. Pues los beneficios que Lagasnerie cree que el neoliberalismo le ofrecía al programa crítico de Foucault, se los ofrecía con creces el proyecto crítico ilustrado, que por supuesto, no lo lastraba con exigencias materiales que Foucault no dudó en llamar “cínicas”. Así que no es claro que “a través del neoliberalismo se elabora y también se introduce algo liberador, emancipador, crítico” capaz de ofrecer “armas para librar luchas políticas y democráticas” [81-82].

Es importante la manera en que Lagasnerie pasa de puntillas sobre ciertos sustantivos. Por ejemplo, este de Foucault: “Se trata, en suma, de constituir, con respecto a la gubernamentalidad efectivamente ejercida, una crítica que no sea simplemente jurídica o simplemente política. Es una crítica mercantil, el *cinismo* de una crítica mercantil opuesta a la acción del poder público” [*Nacimiento biopolítica*, 284]. Así que ciertamente Foucault reconoció al neoliberalismo potencia crítica. Pero no la llamó emancipadora y liberadora. La llamo cínica. ¿Qué quiso decir con ello? Al no plantearse este asunto, Lagasnerie podría ser fácilmente acusado de mantener el cinismo.

¿Por qué el neoliberalismo es una crítica cínica? ¿Y por qué la apología de Lagasnerie lo es? Desde luego, a ninguno de los dos elementos se le puede

negar cierta *parresía*, ahora disminuida como atrevimiento y provocación. Pero la *parresía* verdadera incluye una cierta implicación existencial en lo que se defiende. Este rasgo es más bien dudoso en el neoliberalismo y en el compromiso con la verdad de Lagasnerie. Todo se juega en esto. Cuando Foucault estudió el neoliberalismo, estaba anunciando lo que se avecinaba como ofensiva política americana. Ciertamente, era una ofensiva contra el Estado y la política. Y aunque Foucault era crítico con el primero, no quería eliminar la segunda, que es lo que quiere hacer el neoliberalismo y Lagasnerie. En todo caso, desde los años 70, el programa neoliberal no es un dispositivo intelectual; ha sido una agenda política y ha tenido consecuencias. Suponiendo que Foucault se hubiera dejado “seducir” —que no lo creo— por los componentes anarquistas del neoliberalismo, hoy no tenemos las expectativas de un método, de una hipótesis, sino los resultados de una puesta en práctica.

La verdad exige no detenerse en Foucault. Pensara lo que pensara, conviene abordar ciertos problemas a la luz no de lo que él sabía, sino de lo que nosotros sabemos. Por ejemplo, Foucault incluso podría ver en los liberales de su tiempo un gesto de insumisión, una descalificación del soberano, una desmitificación de lo político, una promesa de ingobernabilidad [100], a la que mirar con simpatía. Aceptemos esto. Aceptemos que Foucault viera positivo el filtro del poder público por el campo del mercado y que considerara que esta operación era convergente con su “deconstrucción de la filosofía política” [93]. Imaginemos que Foucault creyó que el neoliberalismo en 1974 era un dispositivo de desobediencia estatal y que, en tanto potencia crítica, se situaba “al lado de los gobernados y [promovía] levantarse contra las formas de gobierno” [83]. Imaginemos que Foucault pensó alguna vez que “uno de los aspectos del arte neoliberal” era ciertamente “el arte de no ser tan gobernado” [83]. Incluso en ese caso, estaríamos autorizados a preguntarnos si lo creemos nosotros hoy. Pues tras cuarenta años de agenda neoliberal, vemos que en efecto se ha configurado un sistema de gobernanza que, ciertamente ha humillado al Estado —como intuía Foucault—, lo ha puesto de rodillas, ha despolitizado a las poblaciones. Pero la pregunta es si ese sistema de gobernanza neoliberal se ha puesto del lado de los gobernados. Desde luego que se ha puesto contra la “concepción jurídica de la soberanía”. ¿Pero se ha puesto del lado de los gobernados? ¿No será que al situar por encima de la soberanía jurídica una estructura de gobernanza, ha hecho a los gobernados doblemente gobernados, sujetos a las normas de un Estado soberano que sigue administrando seguridad, muerte, disciplina, por encima del cual rige una gobernanza de técnicos que venden verdad y disciplina económica? Y de este modo, ¿no será el neoliberalismo despreciativo de la soberanía porque en el fondo esta no sirve para disciplinar y gobernar la economía del capitalismo global? No emergería de un reflejo anarquista contra el poder, sino como un reflejo funcionalista contra un poder que no es operativo para gobernar la realidad económica. En este caso,

el neoliberalismo solo podría imponer su forma de gobernanza si humillaba al Estado soberano, pero sobre todo, si lo separaba de la politización.

Aquí la convergencia con Foucault podía ser mencionada sólo desde el oportunismo. Pues lo que detesta el neoliberalismo en la politización no es lo mismo que lo que detesta Foucault. El primero no sólo detesta la soberanía, como hace el segundo. Detesta el Estado soberano, no el Estado. Por eso el neoliberalismo en su práctica no destruye el Estado. Sólo lo humilla y lo reduce a funciones de seguridad, vigilancia, disciplina y control, más la defensa contra el terror. Esto lo alaba el neoliberalismo. Lo que este ataca es la creencia de que la base democrática entrega al Estado la capacidad soberana de decisión sobre la totalidad de la vida social. Aquí el acuerdo con Foucault es marginal. Lagasnerie lo exagera. En toda la genealogía que hace del Estado como sucesor del príncipe soberano, Lagasnerie jamás integra el elemento de la democracia como dimensión del ciudadano que impugna la obediencia. Quizá esto sea fiel a Foucault. En todo caso, es lo que piensa Lagasnerie. Para él la legitimidad fundamental del Estado, incluso desde su base democrática, supone y promueve el sujeto obediente [88]. Su dependencia de Tocqueville es completa [86]. Democracia es despotismo. De este modo, *toda filosofía política* sería un discurso de la obediencia [89]. Pero incluso aunque Foucault creyera lo mismo, todavía tendríamos que preguntarnos si es así. Foucault no puede producir prestigio por su mera autoridad. Pues la democracia bien podría ser no solo la técnica de formar mayorías, sino la de permitir que resistan y luchen las minorías. La pregunta es cómo se puede resistir sin política. Y si se aumenta la capacidad de resistencia fomentando la despolitización que promueve el neoliberalismo.

Lo cínico en la posición de Lagasnerie reside en que sigue considerando al neoliberalismo como una utopía de futuro, como “aportes al debate intelectual” [23], cuando tenemos datos muy precisos para evaluar su trayectoria de presente. Esto es: el neoliberalismo no es un dispositivo teórico, meramente, sino una gobernanza. Y lo que reclama la inteligencia digna de ese nombre es preguntarse si aquel dispositivo utópico y proyectivo mantenía elementos internos centrales que explican esta gobernanza y sus prácticas. Mantener separados la utopía intelectual de la práctica de la gobernanza neoliberal es el más elemental mecanismo defensivo de una doctrina y el expediente más autoritario de apología. Es como desvincular la verdad del catolicismo respecto de su historia o desvincular el marxismo de su práctica. Aquí, Lagasnerie menciona los fenómenos sociales que ha producido la gobernanza neoliberal [despolitización, anomia, individualismo, pobreza, dualización social, sufrimiento, especulación] pero los desprecia como “análisis serios del fenómeno neoliberal o de las transformaciones actuales de la sociedad” [15]. Naturalmente, nunca nos dice cuál sería el análisis serio de todo esto. Desde luego es verdad que la izquierda tradicional se ha vuelto conservadora y está anclada en un ideal del pasado, el Estado de bienestar. Pero no toda la izquierda

considera la individualización una patología, o está en contra de las movilizaciones minoritarias, o se entrega a las fantasías de la regulación y ordenamiento. Más bien estas fantasías están del lado de los actores de la gobernanza mundial neoliberal. Lo más sorprendente es que Lagasnerie considera que contra el neoliberalismo se elevan sólo “pulsiones autoritarias” [16], por mucho que en otra ocasión diga que frente al neoliberalismo sólo queda en pie el personalismo cristiano. Para él no existe la posibilidad de un liberalismo anticapitalista.

En un momento, Lagasnerie afirma que Foucault no es ingenuo. Entonces dice: “No ignora que el surgimiento y la instauración de una gubernamentalidad neoliberal provocaron el desarrollo de mecanismos de poder, de control, de jerarquización, cuyo análisis es necesario emprender para poner freno a su funcionamiento” [81]. Pero Lagasnerie dice que Foucault no quería ir por ahí, que eso muy sabido, por mucho que ahí se alcen zonas de sombras, peligros y amenazas [81]. Sin embargo, este parece un tema sustantivo, haya querido o no ir por ahí Foucault. Y lo que debemos preguntarnos es si el neoliberalismo tiene elementos teóricos capaces de autolimitarlo y así controlar los peligros, amenazas y sombras. Pues es posible que en tiempos de Foucault esto no fuera lo central, pero tras 40 años quizá sea lo urgente. El caso es que si el neoliberalismo no tuviera concepto de sus propios límites, quizá participaría de aquello que Lagasnerie acusaba a la razón ilustrada. Y si el neoliberalismo dijera que lo único que puede conocer o imponer esos límites es la propia gobernanza, que podemos caracterizar como “un gobierno de los científicos y expertos” [77], entonces es posible que el propio neoliberalismo, y no solo la Ilustración, debería ser acusado de “intelectualismo erróneo” [77].

Pero no hay en toda la utopía neoliberal un concepto de limitación. No hay un afuera. No hay compensaciones ni pluralismo teórico desde el que observar su propia práctica. El propio Lagasnerie lo ha expuesto así. Y esto es lo que hace discutible que el neoliberalismo sea “instrumento de una renovación de la teoría” [26]. En efecto, nadie duda de la tensión anti-conservadora del neoliberalismo. Lagasnerie no debería esforzarse en esto. Como ya habían demostrado Weber y Schumpeter, el capitalismo viene impulsado por una fuerza anti-conservadora. Lo específico del neoliberalismo es que se presenta como una fuerza revolucionaria radical. Y esto significa que tiene una *pretensión de totalidad* capaz de hacer frente a lo que él considera los enemigos totales, desde Keynes a Marx. Por eso, el neoliberalismo quiere promover “un estilo general de pensamiento, análisis e imaginación.” [34]. Esta generalización y radicalización implica “una verdadera mercantilización de la sociedad” [35]. Es esta tesis la que lleva a que el mercado sea el poder constituyente de la sociedad. Por supuesto, de ahí se sigue que el único vínculo social es el contrato, esa relación social que exige en cada ocasión la reevaluación de las condiciones del pacto. Todas las tesis van por ahí: “difundir el mercado por todas partes”, “incorporar el máximo de realidades a un entramado

mercantil” [36]. Se trata de una utopía de “intervencionismo” tan intenso como el Estado. Su modo de hacerlo es la gobernanza, que no es un elemento externo al sistema. Ella debe imponer “un regulador de mercado general sobre la sociedad” [37]. En suma, y para expresarlo desde el correcto pluralismo weberiano, se trata de subordinar todas las esferas de acción “a la racionalidad económica” [37].

La primera consecuencia de esto ya la vio Foucault. El neoliberalismo no puede prescindir del Estado soberano. Quiere que este tenga poder de afectar a la totalidad social. Lo que quiere es “ajustar el ejercicio global del poder político a los principios de la economía de mercado” [37]. Para eso, la legitimidad de la acción del Estado le viene dada por la obediencia a la economía, no por un principio propio. Como este ajuste no puede proceder de la voluntad general, el neoliberalismo tiene necesidad de eliminar esta y a eso se endereza el libro de Lagasnerie. Por tanto, se ve en la paradoja de mantener el poder del Estado (sin el que la gobernanza no tiene brazos), pero desvinculado de la voluntad general y de la soberanía. Esta paradoja es ineludible. Para suturar este afuera, para forcluirlo, se debe eliminar la teoría de la soberanía, de la voluntad general, de la democracia. ¿Pero entonces sobre qué reposa el Estado en esta función de obedecer/imponer la gobernanza económica? ¿Sobre qué se reúnen Estado y gobernanza y obtienen así legitimidad?

Lagasnerie sabe perfectamente que no bastaría con la justificación científica del mercado [39]. Sabe de la fragilidad de toda dimensión técnica para producir validez y legitimidad. Pero la autoridad científica de la política no es la menor de las fuentes de legitimidad. Conocedor de las intensidades del pensamiento neoliberal, Lagasnerie afirma con razón que esta no era la percepción de Hayek ni la de Gary Becker. Por mucho que no vaya hasta las fuentes mismas de la posición de Hayek, argumenta que en el fondo el neoliberalismo es la apuesta por considerar la pluralidad la fuente de su legitimidad. Esto es: el neoliberalismo promueve las formas plurales de la existencia mediante la innovación social que promueve la lógica mercantil [44]. ¿A quién se quiere llegar con este discurso? Sencillamente a los portadores de la pluralidad que de este modo se verán asegurados. A ellos se les dice que el neoliberalismo no quiere promover una “visión monista del mundo social” [47]. Pero lo que esto quiere decir realmente es que el neoliberalismo habla a los que considera como los verdaderos portadores de la pluralidad: lo individual, lo particular, lo local [47]. Por eso considera que de este modo erosiona los esquemas que hablan a lo común, la voluntad general, a lo universal, lo nacional, todo esto que en el fondo promovió el pseudo totalitarismo de la Ilustración.

Por eso, el neoliberalismo tiene que deshacer la sociedad en favor del individuo. Este concepto de sociedad está atravesado por “pulsiones de orden y control”. [61] En el esquema neoliberal entra la multitud y la individualidad, no lo común. Este libro de Lagasnerie es interesante porque ya muestra sin recato que se pueden usar pensadores como Negri y Deleuze para dar argumentos a las filas de la utopía

neoliberal. Nada de unidad, de orden, de identidad; nada de detener “los fermentos de disolución del lazo social que encarnarían el individualismo, los movimientos sociales y la competencia de los intereses particulares” [56]. Nada de sociedad. Nada de considerar patológico el disenso, el conflicto, el individualismo. La clave es que sólo si se habla al individuo, se defiende su meta: “la pluralidad del mundo social y cultural” como aspiración irreductible. Y esto se puede conseguir porque, echando mano de Berlin, los defensores del pluralismo siempre cuentan con un “mercado abierto a las ideas” [59]. Ahí, en el mercado es donde se ve la confianza en la novedad, el arrojo ante el cambio, la audacia evolutiva. Es una pena que no haya desplegado Lagasnerie el darwinismo de Hayek. En todo caso, es claro que el mercado es la garantía de la heterogeneidad, pues en él caben “las numerosísimas metas individuales divergentes y opuestas” [64].

Por supuesto, la pregunta por la estabilidad, por la unidad, el orden, son preguntas que detienen la capacidad revolucionaria y anticonservadora del neoliberalismo. Si Rawls dice que “es necesario poner fin a la aplicación de los valores liberales en el momento en que estos amenazan perjudicar el imperativo de unidad de la nación”, los neoliberales no ven la necesidad de detenerse en esto. El pluralismo, lo local, lo singular es el valor principal y no se puede detener frente a la soberanía. Por supuesto, dado que la sociedad no puede pensarse como un todo, resulta claro que no tiene sentido preguntarse dónde están sus unidades o partes. La clave de este rechazo de la totalidad es que se lanza a los singulares, en su totalidad. Aquí, la gubernamentalidad neoliberal forma parte del orden pastoral, pero este aspecto de la obra de Foucault conviene olvidarlo en esta apología cínica.

El naturalismo que está en la base del neoliberalismo casi se remonta a la escolástica tomista de Salamanca. Está el individuo natural, su derecho natural, las comunidades naturales, la tolerancia natural, la providencia natural, la confianza natural en el curso espontáneo de las cosas, casi el providencialismo que se entrega a evoluciones que sigan su curso, aunque no sepamos a dónde nos llevan [62-63]. Esa fe en la inmanencia es característica. No es una ética contraria al orden, es una ética confiada al orden espontáneo del mercado [64]. En realidad, este individuo al que habla el neoliberalismo es la unidad de acción que parece haber heredado el estado de naturaleza en el que vivía el soberano del *ius publicum europaeum*. Su vida se reduce a contratos en los que rige la cláusula “sic rebus stantitibus”. Y que naturalmente nos pone ante individuos racionales, que no tienen pulsiones o al menos no las pulsiones de orden y control propias de ese extraño sujeto con el que hay que acabar, la “sociedad”. La antropología del neoliberalismo ha ultimado la neutralización. Da igual cómo sea el individuo si además es racionalmente económico. No hay pulsiones si están sometidas a la razón del mercado. Por supuesto no hay criminal, sino uno que calcula mal costes y beneficios. No hay ley, sino sencillamente costos y beneficios de perseguir unas cosas u otras. Tras las denuncias al intelectualismo sin límites de la Ilustración, aquí viene Gary Becker

para mostrar los juegos racionales como la clave de la política de las singularidades y para hacer del neoliberalismo una renovación epistemológico total, el camino por el que la economía se eleva a la ciencia total, la ciencia de las elecciones racionales, en tanto “análisis del conjunto de los comportamientos humanos” [104], en su totalidad, mercantiles o no. La relevancia antropológica de este enunciado no se ignora. Ahora el ser humano no es plural, diverso, complejo, fragmentario, todo lo que se ha venido alabando, sino que “se le conceptualiza como un ser unificado, coherente. Se supone entonces que amplía el cálculo económico a todo, es decir, que se comporta como una pequeña empresa empeñada a cada instante en maximizar su utilidad” [104]. ¿No se denunciaba a la Ilustración por intelectualismo? Ahora tenemos Ilustración intelectual económica: el *homo economicus rationalis* como “grilla de inteligibilidad de todos los actores y todas las acciones” [105]. Si no aceptamos esto, nos dice Lagasnerie, es porque estamos en el personalismo cristiano [105]. La retórica del cinismo apologético consiste en etiquetar al adversario de tal modo que sea ilegítima su sola mención.

¿Pero de verdad el mercado promueve la heterogeneidad, la pluralidad, la diversidad? No opinaba esto Schumpeter ni los teóricos del capitalismo. Ciertamente que no promueve metas comunes, pero eso no quiere decir que promueva metas plurales y divergentes. “Esta propiedad del mercado de facilitar la aparición de realidades contradictorias de manera espontánea, incontrolable e imprevisible” parece hacer del mercado el símbolo de la misma vida, el medio natural en el que puede funcionar un conjunto de metáforas que constituyen el darwinismo social, el complemento clave del naturalismo de Hayek. Pero esto es una fantasía, no una realidad. El mercado es la potencia más intensa de homogeneidad que conocemos y esta es la clave esencial del éxito del funcionamiento del capitalismo. Que el equilibrio entre oferta y demanda se produzca sin intervención deliberada —suponiendo que haya sido así— en modo alguno implica que ese equilibrio garantice la novedad, la pluralidad, la divergencia, la heterogeneidad. El ejemplo de los saberes diferenciales y locales, el saber de la gente, que apreciaba Foucault [70], ¿quizás queda garantizado con los sistemas de saber que promueve el neoliberalismo de los rankings de publicaciones científicas? ¿O más bien produce olvido, homogeneidad, autoridad, mimesis, reducción? ¿Es ese saber del sistema de universidad neoliberal disperso? ¿Tiende a eso la mercantilización de la Universidad que la gobernanza neoliberal promueve? ¿Discierne en su singularidad? ¿Promueve el intelectual específico?, tan valorado por Foucault. ¿Promueve acaso la capacidad de ver lo inédito? ¿Qué es lo que produce realmente el mercado cuando diferencia a los individuos? Fetichismos divergentes cada uno entregado a una mercancía. Pero la producción en masa de friquis cada uno con su fetiche, completamente neutralizado en lo que sea su valor, no parece esa producción de pluralidad que es una promesa de emancipación que parecía integrar el pensamiento neoliberal.

En suma, nadie quiere visiones totales de lo social. Pero por eso mismo nadie

quiere esa visión total de lo social como mercado o como racionalidad económica. Nadie quiere instancias trascendentes desde las que mirar la sociedad y organizarla, pero nadie quiere como única inmanencia la afirmación de la acción económica. La acción social, plural, descentrada, genera diversos ámbitos de inmanencia. Nadie quiere un mundo central, unitario, coherente y dotado de un sentido asfixiante, pero nadie quiere que la acción económica lo sea. Lagasnerie se mueve entre contraposiciones demasiado gruesas: si negamos la operatividad del concepto de totalidad, entonces tenemos que ser neoliberales. Pero la Ilustración, desde Diderot y Kant, negó la legitimidad epistemológica del concepto de totalidad y no por eso fomentó la concepción del ser humano propia del neoliberalismo. Por supuesto, todos ellos fomentaron una filosofía que no aceptaba una esfera absoluta como arquitectónica de la vida humana o social, y por eso rechazaron que esa esfera absoluta fuera la economía. Con mayor conciencia, los grandes héroes de la sociología moderna, como Weber y Simmel, fueron conscientes de esa pluralidad de esferas y por tanto de la imposibilidad de reducirla, como quiere la utopía neoliberal, a esfera económica. Finalmente, los grandes economistas de la época de Hayek, incluso teóricos del capitalismo, como el propio Weber, Schumpeter y Polanyi mostraron las dimensiones distópicas que implicaba, y eso ante todo, respecto de la pluralidad, diversidad, heterogeneidad de la vida humana. Claro que la economía es una disciplina atea, pero no es la única. Y lo que no vale es elevar el ateísmo de la economía a dios monoteísta. Por eso Weber afirmó los dioses plurales como la verdadera respuesta a cualquier absolutismo y pronosticó que cuando algún dios pretenda el dominio completo, producirá las reacciones de los demás. El escepticismo puede ser un valor, pero esta vieja tradición no es un invento de los neoliberales, desde luego, quienes, como los viejos escépticos, muestran una confianza muy poco escéptica en el cosmos económico. Inmanencia, pluralidad, multiplicidad son nociones que muchos defendemos justo porque no somos neoliberales, cuya gobernanza es la mayor fábrica de homogeneidad, reducción, identidad, monopolio y totalidad sin resto que se recuerda. La humanidad está en una situación de impasse porque no tiene claro su futuro evolutivo. Eso es cierto. Pero llevamos un millón de años que esto depende de herramientas culturales, no de la fe ciega en el providencialismo darwinista de la lucha por la vida, que es la base del neoliberalismo. Por eso, la diversidad cultural es una condición de nuestras posibilidades evolutivas. El neoliberalismo es la puesta de todos los huevos a una misma cesta: la huida hacia delante de la lucha económica como símbolo de la lucha vital. Y eso es simplificador, violento y equivocado.